

Baqueanos campo y plaza

Jorge Matías Villegas Polanco¹

RESUMEN

El artículo describe, en forma autoreferida, la circunstancia y proceso de constitución de un método de autobiografía asistida. Entrenado en la investigación experimental de fibras nerviosas de calamares gigantes en el laboratorio, hace un corte y pasa a explorar los métodos cualitativos, las biografías de los personajes que lo han acompañado anónimamente en las investigaciones científicas. Anexa el fragmento de un texto de Rafael Peláez, referido a la etapa de urbanización contemporánea de Caracas.

The article describes, in a autoreferred form, the circumstance and the constituting process of an assisted autobiography method. The author, trained in the experimental investigation of giant squids nervous fibres in the laboratory, makes a cut and he explores the qualitative methods, the biographies of the personages who anonymously accompanied him in the scientific research. He annexes the fragment of a Rafael Peláez's text referred to the contemporary Caracas Urbanization.



PORTICO El presente artículo intenta corresponder a la bondad de quienes, siendo expertos en el difícil arte de la comunicación social, tuvieron la gentileza de interesarse por el origen de la serie Los Baqueanos de Publicaciones el Pueblo, en la cual me ha correspondido jugar el papel de transcriptor.

**ENCUENTRO
CON LOS BAQUEANOS**

El proceso en cuestión, el cual aún me causa asombro, tiene su origen remoto en la rápida transformación sufrida por el valle de los Caracas, espacio geográfico con sus corrientes de agua cristalina fluyendo por los barrancos hacia el cauce del Guaire, y espacio vital humano desbordado durante los últimos cuatro decenios por el crecimiento acelerado de la ciudad aposentada inicialmente en la ladera sur del Avila.

Entre los que aquí nacimos en los años siguientes a la muerte de Juan Vicente Gómez, Rafael Eduardo Peláez Escorche vio la luz a mediados de 1936 en lo que ahora es el campo de aviación de la Carlota, y yo unos meses más tarde, a comienzos del 37, en la Candelaria. Mientras que la infancia de Eduardo transcurrió en la hacienda donde su padre era peón y su madre costurera, yo viví la ciudad junto a mi papá boticario y a mi mamá maestra de escuela.

La vida de Eduardo, al igual que la del resto de la población dedicada a las labores agrícolas se vio sometida a un cambio acelerado. Desplazados de las antiguas tierras de labran-

za, idos los capataces por el rumbo de las haciendas de los amos, les quedaron sólo las cuestas empinadas de los cerros y barrancos para aferrarse a ellas y tratar de sobrevivir, testigos tanto más asombrados de lo que estaba pasando cuanto más se fueron viendo transformados en gente de barrio.

Eduardo tuvo que abandonar la escuela antes de tiempo para salir a ganarse la vida, en tanto que yo no encontré obstáculos para continuar los estudios hasta el nivel del postdoctorado y seguir el rumbo de la investigación científica. Así, nacidos en el mismo valle pero crecidos por caminos distintos, la vida nos puso en contacto cuando ya estábamos dejando atrás la juventud y él ingresó al Instituto aposentado en los Altos de Pipe donde me inicié como investigador.

Esos predios también fueron antes tierras de labranza, y en ellos se encuentran todavía restos del Camino Real de los españoles que enlazaba los Valles de Aragua con el de Caracas. Con su expropiación y la construcción de los primeros edificios del Instituto, devinieron ascadores y jardineros los antiguos campesinos, y capataces y choferes de confianza los herederos de los dueños de los fundos. Y si eso no hubiera sucedido, hoy día tal vez yo sería un médico más en ejercicio, pero de pronto me encontré montado en una especie de "Montaña Mágica" formando parte de un conjunto de personajes exóticos, teniendo como única conexión con mi realidad de origen a los antiguos pisatarios de esas tierras, mientras los amigos que

llegaban de visita comentaban “Esto parece otro país.

Eduardo venía con ganas de trabajar duro, después de un largo período de recuperación a consecuencias de una caída accidental en un trabajo anterior al que estaba dejando. Yo había tenido que cambiar de línea de investigación y pasado a trabajar con fibras nerviosas gigantes aisladas de calamares. Su tarea en el Instituto era proveer los animales vivos para uso de los laboratorios, y la mía al igual que la de varios compañeros de carrera consistía en imaginar y hacer los experimentos con los calamares que él traía. El hacía bien su trabajo y casi no entraba a los laboratorios, de donde una vez iniciados los experimentos tampoco nosotros teníamos tiempo para salir a conversar. Sin embargo, existía un cierto nivel de comunicación informal entre todos nosotros, que se ponía mayormente en juego cuando la tensión de trabajo se volvía insoponible o cuando surgían conflictos entre los distintos usuarios de los calamares por tratar de tener acceso preferencial al pequeño número de ellos que podían ser traídos por carretera desde las costas de Mochima.

Después de varios azarosos intentos por traerlos de mayores tallas y en mayor número hasta la Guaira utilizando una embarcación con vivero, me tocó viajar con Eduardo a Mochima en el camión de transporte para tratar de obtener suficiente material y mandarlo refrigerado al laboratorio. Fue entonces cuando comencé a trabajar a bordo de esa misma embarcación o bajo las enramadas de los pescadores, con la ayuda de Eduardo y de su amigo Abraham Rodríguez.

Los viajes y el trabajo en las playas fueron abriendo espacios para el diálogo y el mutuo conocimiento, pues como dice Eduardo son muchos “los pensamientos que uno tiene al viajar durante horas solo, con un carro y un radio que la mayoría de las veces no se escucha. Se imagina uno lo bueno y lo malo, lo feo y lo bonito, en una carretera donde el perfume son los animales muertos, polvo, tierra, humo de los otros, ca-

lor insoponible, en ocasiones desesperante”², y también porque “Ese trabajo con lurias vivas me resultó extraño, pero yo decía: alguna cosa tiene que ser cuando las piden vivas de allí o tienen que hacer con ellas, vivas”, como reflexiona Abraham³.

Las campañas de recolección duraban varios días y era tan grande el número de calamares que utilizábamos por vez, que las jornadas de trabajo se sucedían casi sin interrupción a lo largo del día y de la noche, bajo la toldilla de la embarcación o en las enramadas de las playas. Así fuimos conviviendo un poco, cada quien cumpliendo su función dentro del equipo de trabajo, al compás de las tareas, sin tener que dar orden alguna ni mantener rangos ni distancia formal entre nosotros, hasta completar la faena.

Muchas cosas sucedieron a lo largo de esos años de compartir con Eduardo, Abraham, Cristóbal, Ricardo, Jesús, Anibal, “Remache” y los demás compañeros. Pero en la publicación de los trabajos de investigación no hay espacio, ni tampoco se estila ni está permitido dar cabida a ese tipo de experiencias de vida, más que para insertar al final una breve nota de agradecimiento al personal de apoyo “por la provisión de calamares para los experimentos”.

De tal manera las más de las veces pasa desapercibido, hasta para el mismo investigador que se beneficia del trabajo de esos expertos sin credenciales académicas, lo que me causó la mayor impresión al compartir con ellos: el arte y la sabiduría que ponían en juego los pescadores, el patrón de lancha, los transportistas, y las mismas familias del sitio, cada vez que se integraba el equipo de trabajo. Navegar, pescar, compartir los alimentos, proveer los animales vivos y ajustarse al ritmo de la recolección de nervios se hacía de manera natural, como si lo hubiésemos venido haciendo siempre. Era igualmente válido que cualquiera de nosotros achicara el bote, o sostuviera las líneas con las poteras a la espera del calamar sumergido en la profundidad frente a la barranca de El Estribillo, con Abraham

Rodríguez haciendo a la vez de pescador, patrón y tenavante; al igual que cualquiera podía destapar una cerveza y compartirla con los compañeros en las pausas del trabajo. Todo era bromas, risas y anécdotas durante los lapsos de atenta espera mientras yo aislaba los nervios, a la vez que se aseguraban los botes, la pesca, la comida, el refugio contra la brisa y el salitre, la luz de la planta de gasolina y el descanso en el chinchorro o en la colchoneta, que hacían posible el éxito cabal de toda la faena.

Allí, escuchando sus alegrías y sus penas, oyéndolos intercambiar información de pesca y noticias de los amigos dispersos por toda la geografía costanera, fui recobrando memorias de mi propia infancia. Era la presencia de un pueblo lo que cobraba fuerza en mi conciencia, y era la voz de ese pueblo, con su propio acento y giros idiomáticos la que nutría al viento que giraba por las enramadas de Mochima. Allí crecía ante mis ojos la figura de Abraham Rodríguez⁴, y se iban reafirmando muchas de las cosas que compartía con Eduardo a lo largo del viaje por la carretera, de las que él relata en su libro⁵, y de las otras que se calla y que yo atesoro en mi memoria.

Por ese entonces me tocó presentar una revisión de la labor cumplida, ante un grupo de colegas del país y del exterior, en unas circunstancias muy fuera de lo normal. Si bien mi presentación formaba parte de un taller especializado de trabajo programado con mucha anticipación, como era costumbre, este estaba teniendo lugar en vísperas de una inesperada aunque inevitable suspensión de actividades por tiempo indefinido. Crisis generada por un grave conflicto de poder, capaz de llevar al cierre definitivo del nuevo Instituto, cuando yo ya había renunciado al cargo vitalicio que había ganado en la otra institución donde hice carrera de investigador.

Esa tarde, amparado en la penumbra del salón de conferencias, trasasé libremente los límites formales del discurso científico para dejar en manos de los colegas allí reunidos, junto con lo poco que ha-

bía logrado intuir y que aún faltaba por someter a la prueba experimental para determinar su posible validez, la memoria de las equivocaciones cometidas y enmendadas en su momento con la ayuda de los estudiantes de postgrado del laboratorio, para que otros no las fueran a seguir a su vez erróneamente.

Recuerdo que al hacerlo así, mi muy querido amigo y desde entonces apreciado mentor hasta su muerte, John Treherne, me regaló su percepción de la naturaleza profunda del gesto del cual acababa de ser testigo, que reveló ante sus ojos de escritor al cuenta cuentos ("story teller") que él creía vislumbrar en mí. De modo que me aconsejó que si alguna vez me encontraba imposibilitado para llevar adelante el trabajo de investigación, me dedicara a escribir ese maravilloso relato oral que les acababa de entregar.

Fue así como, movido por el deseo de dar a conocer a los demás algo de lo mucho que había recibido del trabajo de investigación y consciente del papel que cada uno de mis compañeros jugó en ello, se me ocurrió proponerle a Abraham Rodríguez y a Eduardo Peláez que me relatase cada uno por separado su propia vida, para yo publicarlas tal vez también junto con la mía de alguna manera. Abraham me pidió tiempo para consultar con su gente, pues a ellos debería referirse en su relato, y Eduardo me dijo que empezaría a escribir lo suyo y luego me lo mostraría. Pero entonces, obedeciendo al desarrollo del conflicto antes mencionado, hube de no volver a Mochima durante varios años. Sin embargo, eso no logró hacerme abandonar el proyecto, que acaricié en silencio durante todo ese tiempo hasta que a finales de 1990 tomé la decisión de realizarlo sin darle más largas al asunto.

EL METODO APRENDIDO

En enero del 91 volví a Mochima junto con mi esposa y entonces, con un pequeño grabador adquirido al efecto, iniciados el registro del relato oral que nos regaló Abraham. El proceso, que ha tenido característi-



cas parecidas el ir recogiendo los seis distintos relatos autobiográficos que hasta ahora conforman la serie, se puede resumir de la siguiente manera:

1. Un primer paso: El narrador va relatando sus memorias libremente, sin orden aparente, mientras el oyente trata de no interrumpir y se limita a ir asintiendo con gestos, sin hacer preguntas, aunque no alcance a comprender algunos términos ni el sentido profundo de las anécdotas. La grabación se interrumpe sólo a voluntad del narrador o debido a la intervención de terceros, de manera que el oyente parece disponer de todo el tiempo necesario y a las horas que resulten más convenientes para el narrador. Durante esta etapa pueden mediar horas o días entre las sesiones de registro del relato oral, luego de la primera por demás breve y concisa donde el narrador dice haber contado todo, no pareciendo darle mayor importancia a su propia vida. Al final de este paso y antes de dar el siguiente, el oyente se da por satisfecho y agradece al narrador por el relato que le ha hecho, le promete transcribirlo y enviárselo para que lo revise, y le pide su consentimiento verbal para mostrárselo a algunos amigos, con miras a una posible publicación del mismo.

2. Un segundo paso: De regreso a casa, el oyente inicia la transcripción del relato en el mismo orden con que fue registrado, y va recono-

ciendo la voz del narrador, con su acento regional y personal, sus giros idiomáticos, su vocabulario y el matiz emocional que modula el timbre, la entonación, las pausas y los silencios, a medida que éste va desandando caminos del corazón en la memoria de la vida y del paisaje físico y humano que le sirvió de marco. Al mismo tiempo el oyente evoca los gestos y las luces y las sombras de la mirada del narrador que acompañaron su relato, a la vez que las emociones que este despierta en el propio oyente.

Esta etapa del trabajo es necesariamente lenta, ya que exige andar y desandar la grabación, hasta que el transcriptor logra captar el uso del lenguaje propio del narrador. Esta parte del trabajo, al igual que las sucesivas, se facilita mucho de poder utilizar un microcomputador con un sencillo procesador de palabras. Pero lo fundamental es mantener presente desde el inicio, y durante todo el resto de la transcripción, la dificultad del diálogo implícito con el narrador. Este diálogo se basa en la actitud de "Tú me cuentas y yo aprendo a escucharte. Porque antes oí tu relato mientras lo registraba, pero ahora mismo intento escucharte". Con lo cual hago referencia a lo que intuyó Martín Adán en su diálogo con Machu Pichu, en una complicidad de poesía. Para ilustrarlo mejor me permito citar libremente a Félix Calcaño, hombre de Kanavayén que se confesaba ignorante por no haber asistido a la escuela de los Padres. Félix nos decía que escuchaba Pemón, Arawako y Castellano, pero no Sanema ni Yekuana. Hoy yo me atrevo a decir que escucho Abraham, Meryz, Eduardo, Pedro Ezequiel, Cayita y Aurora, pero no escucho (comprendo) ni Pérez, ni Alvarez, ni Fernández, ni Caldera, si ello sirve para que se aclare el sentido del aprendizaje que para mi ha implicado este paso en el transcribir de los relatos.

3. Un tercer paso: Consiste en el ensamblaje del texto; lo que se consigue empalmando las anécdotas que dan cuerpo a los pasajes sucesivos de la vida del narrador al ir ordenándolas secuencialmente en función

del tiempo y los lugares donde ocurrieron los hechos, a la vez que en función de las personas y de las emociones que ellas despertaron en el narrador y que revelan la clave que éste utilizó para incluirlos y realzarlos con respecto al resto de la rica trama de su larga vida que necesariamente dejó fuera del relato.

Es el momento de reconocer y suprimir las muletillas que acotan los párrafos en la narración oral; de decodificar las expresiones iterativas, en función de los gestos y actitudes del narrador que acompañaron cada parte del relato, conservándolas en el texto para que no se pierda el sentido del mismo; de superponer los pasajes repetidos en momentos diversos de la narración, respetando el énfasis que con ello quiso darles el narrador. De tal manera, gracias al silencio propicio de la escucha ahora que no resuena la voz del narrador en sus oídos, el transcriptor encuentra espacio para que lo más hondamente racional de la vida del narrador surja con la inmensa fuerza que le ha dado coherencia y ha hecho posible que el propio narrador la haya dejado mansamente en sus manos, como un regalo.

4. Un cuarto paso: Para poder darlo, conviene que el transcriptor se de cuenta de que tiene entre sus manos no sólo un relato interesante, firme y reluciente como una joya, sino el propio corazón del narrador, palpitante y frágil como una tórtola. Ambos tienen que devolverse al narrador, valiéndose del envío del texto para ser revisado con toda calma por él, y de acompañarlo por una carta escrita en el estilo sencillo y respetuoso que caracteriza a la gente más humilde del país, la cual tiene por objeto pedirle formalmente que revise el texto y marque los errores que inevitablemente ha cometido el transcriptor.

Contemporáneamente, se entregan copias del mismo texto a dos o tres personas de confianza con distinta experiencia de vida que puedan hacerle algunas preguntas claves al narrador, si así lo creen conveniente, cada uno enfocando el relato desde su propio punto de vista.



5. Un Quinto paso: Tiene lugar una vez que el narrador ha revisado el texto con detenimiento, como de hecho ha sucedido hasta el presente, y el transcriptor ha recogido a su vez los comentarios y preguntas que el mismo texto ha suscitado en él y en los otros que lo hayan leído. Una o más sesiones de grabación, según resulte necesario a juicio del transcriptor, complementan las anteriores. Su contenido sigue el mismo proceso de transcripción y ensamblaje antes descrito, pero extremando el cuidado y la atención del escucha para no dejar pasar desapercibido el sentido más profundo del relato, llegando así a la versión final del texto. A lo cual sigue el último y tal vez el más delicado y enriquecedor de todos los pasos del proceso.

6. Un sexto paso: El transcriptor entrega personalmente el texto ya corregido al narrador y en ese momento, si no lo ha hecho antes, le expresa lo que cree haber comprendido sobre el sentido más hondo de su relato. Hasta el presente la práctica ha sido no hacer registro alguno de ese diálogo, respetando el clima de intimidad que se suscita durante el mismo y la libertad de que hacen uso los interlocutores al intercambiar sus impresiones. Es el propio autor quien valida el texto y expresa las impresiones que el proceso le ha ido produciendo.

En este paso del proceso el autor parece aceptar el sentido real de la

propia vida que se ha atrevido a comunicar, a la vez que se descubre a sí mismo en toda su trascendencia, como me ha sido dado percibir al escucharles expresiones que ponen de manifiesto sentimientos profundos y nuevos niveles de conciencia desconocidos para la propia persona y para sus interlocutores. Es entonces cuando el verdadero consentimiento del autor tiene lugar, aun cuando queden por hacer algunas correcciones al texto, y cuando el transcriptor adquiere la profunda certeza de la genuina calidad autobiográfica del relato, aun cuando no haya llegado a dudar en ningún momento de la sinceridad del narrador en todo lo escuchado.

Una vez concluido este proceso, la versión definitiva del texto es entregada al editor junto con el material gráfico que se haya logrado conseguir, ya sea de archivo o tomado al efecto, para que se pueda proceder a la selección de las ilustraciones y al montaje final. Ya para este momento se ha logrado asegurar algún financiamiento incondicional que permite subsidiar la publicación del texto en formato de folleto de fácil lectura y bajo costo, sin otra pretensión que la de brindar al lector el relato original en el habla y estilo propio del narrador, con absoluto respeto a la estructura de la versión oral o del manuscrito inicial producido por el propio autor.

COMENTARIOS AL PROCESO

Transcribir lo más fielmente estos relatos de vida me ha obligado a tomar conciencia de unas premisas y de un proceso comunicador distinto al que es propio del quehacer científico, con el cual me siento más familiarizado.

En la comunicación científica hay que hacer explícitos los antecedentes sobre los que se fundamenta la búsqueda cuyos resultados van a ser presentados, así como proporcionar información suficiente sobre los materiales y métodos utilizados, de manera que quien está interesado pueda repetir los experimentos y

confirmar los resultados descritos en la misma. Este, más que la validez de las interpretaciones del significado de las observaciones que hace el autor, es el principal criterio de verificación que permite su publicación. No obstante, la verdadera aceptación del aporte que han intentado hacer los autores con la realización y publicación de su trabajo tiene lugar cuando los resultados del mismo son confirmados de manera independiente por otro laboratorio acreditado, en cualquier lugar del mundo.

De manera semejante y fuera del ámbito estrictamente científico, cuando se trata de comunicar conocimiento empírico el aprendiz va siguiendo las indicaciones del guía, sea éste una persona o un grupo de ellas, observando por sí mismo y con los medios a su alcance la realidad que está siendo interpretada por el maestro en el oficio. Ante la ausencia de manuales y referencias escritas, y no se diga de una nomenclatura de uso común y sistematizado, maestros y aprendices invertirán largas horas poniéndose de acuerdo sobre los distintos términos que cada uno de ellos usa para nombrar el mundo. Ya que al igual que sucede con los usos del lenguaje, un mismo objeto, animal o planta, recibe distintos nombres en distintos lugares aún dentro de una misma cultura. De allí que el proceso de verificación resulte por lo menos tan laborioso como el anterior, y tenga lugar cuando el aprendiz al ensayar por sí mismo las artes transmitidas y obtener los resultados esperados, las hace suyas y es capaz de transmitirlos a su vez. Lo cual determina el carácter restringido de este tipo de comunicación.

A diferencia de las dos anteriores, la comunicación de lo que los seres humanos reconocemos como signos de sabiduría no parece apoyarse directamente sobre la posibilidad de repetir la experiencia del interlocutor, ni tampoco parece poder lograrse a través de la sencilla aunque rigurosa aplicación de un método determinado, ni mucho menos puede generalizarse sin tomar en consideración las personas y sus circunstancias particulares. Aun más, quien



pretenda hacer suyo lo que le está siendo dado gratuitamente, no parece tener otro camino que abandonarse incondicionalmente a la experiencia, so pena de permanecer dentro de los límites preestablecidos por la propia persona o por la cultura dominante donde ésta se encuentra sumergida.

Sirva de ejemplo a esta última forma de comunicación algo ocurrido hace ya alrededor de diecinueve años atrás cuando, estando de regreso de nuestras primeras visitas al territorio de la Gran Sabana con el sabor amargo de la explotación de los Pemón por los misioneros, mi vecino Rafael Eduardo Cabrera me habló de las aldeas indígenas independientes y vino a casa de visita con su amigo Carlos Figuroa para que nos conociéramos. Esa noche Carlos me hizo volver a los recuerdos de mis primeros años de la adolescencia al narrarnos con los gestos y actitudes propios de su cultura el relato de Maichak, en toda su sencilla e indescribible sabiduría. Fue entonces cuando mi vecino le propuso que me relatara un cierto pasaje de la vida de su gente que él ya le había escuchado anteriormente. A lo que Carlos, mirándome directamente a los ojos, me dijo sercamente "Si usted me cree, yo se lo cuento".

Por absurda que pueda parecerle a uno tal proposición, vale la pena preguntarse si no será un requisito esencial en la comunicación de la sabiduría el tener una actitud de absoluto respeto a los valores fundamentales de la otra persona y estar libre de aquellos condicionamientos, o contravalores, que nos impiden creer antes de tener las pruebas de veracidad de la experiencia que se nos quiere compartir. De allí que esa noche, después de muchos años de estar voluntariamente sometido al rigor de la prueba y el método científico, haya experimentado el alivio de escuchar de labios de un desconocido la propuesta sencilla propia de nuestras culturas basadas en la comunicación oral, y haya aceptado creer lo que estaba por oír y que luego me fue dado con la sencillez de quien está acostumbrado a transmi-

tir oralmente sólo aquello que reconoce como importante para vivir en plenitud.

Algo así es lo que veo suceder con los relatos que van apareciendo en la serie Los Baqueanos de Publicaciones el Pueblo, cuando un maestro de escuela y sus alumnos usan a "Paito", "Mi Vida" y "Mi Aventura" para avanzar en la comprensión de la lectoescritura, y cuando escucho de labios de los amigos que han leído esos textos y los que están aún por publicar, frases que me hacen pensar que van reconociendo en esos relatos las raíces comunes, los valores y contravalores de nuestras propias culturas, y las emociones fundamentales que quiso compartir el propio autor.

Tal vez el ser partícipe del proceso mismo reste objetividad a mis apreciaciones, pero estimo que al intentar comunicarse con nosotros en sus propias palabras y desde su experiencia de vida, los autores de esta serie nos ofrecen el ámbito profundamente humano de la fe en el otro como espacio para el encuentro. Por esa misma razón, queda en las manos de cada uno de nosotros el recibir o no esos relatos, tan frágiles en apariencia y a la vez tan firmes como esos puentes colgantes que construyen nuestros pueblos para cruzar los abismos, ya que unos y otros constituyen verdaderas tramas de poesía sobre la misma urdimbre del amor a la vida.

NOTAS

1. El autor es profesor titular de la Fundación Instituto Internacional de Estudios Avanzados (IDEA), en Caracas, Venezuela.
2. "Mi Aventura", R.E. Peláez. Publicaciones el Pueblo, Caracas, 1992. Serie Los Baqueanos, N° 3, p. 56.
3. "Paito". A. Rodríguez. Publicaciones el Pueblo, Caracas, 1991. Serie Los Baqueanos, N° 1, p. 55.
4. Op. cit.
5. Op. cit.
6. "La Mano Desasida". M. Adan. Librería-Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1961.

Mi aventura

Relato autobiográfico de Rafael Eduardo Peláez (Fragmentos)



EPÍLOGO

Todo lo escrito es parte de muchos años de trabajo para otros, para uno mismo —o lo contrario— con gente de todas las razas, todas las religiones, pero con un solo fin. Vivir en un mundo donde todos nos hemos convertido en esclavos dirigidos por profesores, políticos, religiosos, comerciantes. Utilizan de toda clase de herramientas, teléfonos, radios, televisión, computadoras y otras muchas más; que uno sin darse cuenta está amarrado por toda su vida.

En lo escrito se me han olvidado muchas cosas: unas que no me quiero acordar, y otras que me acuerdo; todos somos guerreros en un campo de batalla sin flores ni perfume.

MI VIDA EN LA HACIENDA

Nací en la hacienda "La Carlota", el dieciséis de mayo de mil novecientos treinta y seis, dos años después de que mis padres se casaran no sé en que fecha del año treinta y cuatro. Me cuentan que en el año treinta y cinco, cuando murió Juan Vicente Gómez, mi mamá estaba en estado. La casa adonde yo nací estaba más o menos en lo que es ahora el campo de aviación de La Carlota.

Ahora comienza lo que yo me acuerdo: Papá era un agricultor y mamá era la costurera de la Hacienda. Para ir a la escuela yo tenía que caminar de seis a siete kilómetros. Había una sola maestra y tenía un salón con cincuenta alumnos, hasta

tercer grado. Teníamos que estar allí antes de las nueve de la mañana, que era cuando empezaban las clases, hasta las once. Luego teníamos que estar desde las dos hasta las cuatro de la tarde. Todos, o casi todos, usábamos un bulto grande de cuero que cargábamos sobre la espalda. Había un libro para todos, que se llamaba «Mi Libro Schnell». Era una enciclopedia y era una maravilla, porque el segundo era la continuación del primero. Todos usábamos pantalones cortos y unas medias muy largas.

Camino a la escuela nos enterábamos de quien tenía cochino. Los cochinos tenían algo como zarcillos por los cachetes, y eran congós. Las gallinas todas eran patarucas, y los pollitos se alimentaban igual que los cochinos, con pico y nepe. Estos eran las sobras del maíz después que se pilaba, mientras que hoy lo muelen todo junto. Cuando sancochaban el maíz, el agua se la daban a los animales. Sin embargo, había oportunidades, cuando mamá quería, que le echaba papelón o azúcar y era un excelente refresco. Cuando todavía existía el trapiche teníamos cada vez un buen cántaro de cachaza, la borra del jugo de caña. Era negra y con un sabor inolvidable. Pero lo fino era el alfonduque, un dulce exquisito que no he visto ni probado nunca más desde entonces.

La tarea

Cuando la gente estaba tumbando caña, era todo un espectáculo. Iba

el cortador muy de madrugada a la faena y trabajaba todo el día. Le pagaban por "tareas", y la tarea la calculaban por los atados de cogollos que hacía durante el día.

Iban haciendo cuatro pilas o montones: cogollo, basura, semilla, y caña. La semilla es lo que va de la caña al cogollo. Luego iban llegando las carretas de mulas y de machos. Estas eran por arcos de tres o cuatro para un solo carretero. Luego llegaban los bueyes, mucho más fuertes, que llevaban más carga, guiados por el gañán, que así era como se le decía al conductor de los bueyes. Usaba una garrocha, mientras que el de las mulas usaba un látigo, con una puya en la punta. Los bueyes sólo obedecían al gañán y si no lo hacían, éste los puyaba con la garrocha.

Cuando uno iba camino a la escuela escuchaba el escándalo: unos cantaban, otros gritaban, otros pujaban; era un espectáculo, pero era un trabajo duro.

El Caporal

Luego se aparecía el caporal, de los que yo conocí varios. Uno se apellidaba Sandoval; otro era un tío mío que se llamaba Juan de Jesús. A este todo el mundo lo respetaba y quería, por lo recto que era. Era muy blanco y se ponía rojo con el sol. Siempre andaba a caballo, era el mejor de la hacienda, con un liquilique y sombrero todo de blanco, con alpargatas o botas, una pistola al cinto y un fuste. Cuando él llegaba

todo el mundo se quedaba callado con una sonrisa, pero de mucha malicia.

El era el Administrador, el que más ganaba; el que mejor vivía; era hermano de mi papá, quien le tenía mucho miedo y respeto. El le decía a mi papá: "¿Rafa, no has visto a Juan Vimbú?". Ese era otro tío mío que se llamaba Juan Bautista, pero que vivía en otra hacienda y también compraba en la bodega de su hermano el capataz, que la atendía un muchacho que sí sabía leer y escribir.

El negocio de la bodega era cruel. Todos sin excepción pedían allí los corotos que iban necesitando: los que no tenían sal, fósforos, caraotas, maíz, arroz, pescado salado, carne salada, leche, cosas de aquella época. Se iban entonces a la oficina de mi tío y le decían: "¿Señor Juan, cuánto me gané esta semana?". La semana era de lunes a sábado, y el les decía: "Te ganaste veintitrés bolívares con real y medio y cuartillo, y debes en la bodega treinta y un bolívares con una locha. Pide menos esta tarde, a ver si la semana que viene te queda algo" -"Pero señor Juan, el que más ganó esta semana fui yo; lo que pasa es que se me enfermó un hijo, y usted ya sabe como son los médicos: le cobran a uno cinco bolívares por una receta, y después los remedios...". Entonces mi tío ponía una cara de tragedia y le decía: "¡Ahí está la vaina, no le dan el remedio como dice el médico!", y le lanzaba la pregunta: "¿Y cómo hiciste?" -"Bueno, la mujer vendió el chivito y una gallina"- "¿Y yo no te dije que el chivito era para mí?" -"Sí, señor Juan, pero como yo le debo... ¿cómo hacía?"- "¿A quién se lo vendiste, y por cuánto, para irlo a buscar?". Este tipo de conversación era con todos, o con casi todos, todos los sábados por la tarde.

El cura

Como el caporal también era amigo del cura como siempre y de lo poco que yo me acuerdo una vez los encontré hablando. Llegaba el cura de no sé de dónde; porque estaban el de Chacao, el de Los Dos Caminos y

el de Petare; y lo saludaba: "Hola, Juan", y él le contestaba de "¿Padre, cómo está?". Todos los muchachos teníamos que pedirle la bendición, pero con reverencia hacia el cura, y todos se salían, menos yo que era el sobrino. Entonces me llamaba "Ven-ga conmigo", y, "¿Tú vas a misa?" "Sí Padre; con papá y todos los do-mingos, a misa de cinco". Y seguía el cura: "Juan, de eso quiero hablar-te. A las misas está yendo poca gente de por aquí; yo quisiera que fueran más a menudo a la misa de los do-mingos, de las cinco o de las seis de la mañana" -"Mire, Padre, yo les digo que vayan a las misas, pero ellos se reparten en las diferentes iglesias de la zona para poder traba-jar tranquilos; igual que yo, que siem-pre cambio de iglesia"- mi tío nunca iba a la Misa. "Acuérdate Juan que tienen que ir temprano, a las cinco o a las seis, para que luego se ocupen de lo otro. Mira, tenemos que reunir-los, porque tienen que bautizarse y hacer la primera comunión, y esa cantidad de parejas que viven encuerados ni a la Iglesia, ni a Dios, ni a la Hacienda les conviene" -mi tío nunca se casó. Y seguían hablan-do, hasta que mi tío se fastidiaba y le decía: "Tome, Padre, para la Iglesia. Le sugiero que visite a la gente y les diga que se porten mejor, que traba-jen, que eso dignifica a los hom-bres".

"Oye, Juan" -"Diga, Padre"- "¿Cuándo van a matar ganado?"- "Que va, Padre, ahorita no hay; y si uno lo compra, entonces quieren que uno se los fíe o regale. Ellos de vez en cuando matan un cochino y me traen; yo lo salo y lo pongo en el negocio; de todas maneras es para ellos" -¡pero de qué manera!- "Pa-dre, cuando venga de regreso pase por la bodega" - "Sí hijo, hasta lue-go", y se iba a hacer el recorrido a sus esclavos.

Cuando el cura venía de regreso lo esperábamos para pedirle la ben-dición y traía un burro, que le habían prestado, cargado con todo lo que le daban: verduras, huevos, gallinas, todo para la Iglesia, y completaba en la bodega donde le decía al mucha-cho que la atendía: "Que Dios bendi-

ga a Juan de Jesús. Tienen que ir todos los domingos a misa de cinco o seis, ya lo saben". Esto era porque no había la de siete, y porque las de ocho y nueve eran para el pueblo y la de once, que era la última, era para los ricos, entre ellos mi tío. ¡Que Dios los perdone, pero todo sigue igual. Ahora hay hasta misas priva-das! ¿y los curas y que son para todos, y el pueblo qué?.

Los Excursionistas

Venía mucha gente de excursión a la hacienda, y hacían paseos a caballo el General Medina y el Ge-neral López Contreras. Estos traían unos caballos grandes y mucha gen-te de escolta, pero no tanta como ahora. Uno ya sabía quiénes eran, y no les prestábamos mucha atención porque uno ya sabía por qué andaban así. Pero sí hacíamos caso de los niños que traían -en unos flamantes autos- gordos, limpios y muy boni-tos; estos se ponían rojos en el cam-po, de tanto llevar sol tomándole fotos con una camarita a un pocotón de niños enclenques, pálidos, flacos, jipochos y feos, todos escurridos; nosotros en alpargatas, ellos con za-patos.

Las ropas de los hombres de la hacienda eran sencillas. Mi mamá era una de las costureras de la ha-cienda, y cuando alguna de las muje-res lograba ir al pueblo lo primero que hacía era pasar por la panadería para comprar los sacos donde venía la harina; costaban real y cuartillo, y los de azúcar medio. Con los sacos de harina hacían pantalones para el trabajo, y con los de azúcar hacían los interiores. Entonces iban los hom-bres con su "Gold Medal" y una franela, sombrero, machete y escardilla. Los excursionistas nos tomaban fotos a los grandes y a los pequeños, y se reían de uno, pero yo creo que ellos no sabían lo que en realidad ocurría.

La situación

La gente ganaba muy poco, co-mía mal y, lo que es más importante, no los dejaban estudiar; y al que

surgía, le ponían una pared como mi tío. Las comidas que hacíamos eran: en el desayuno una arepa con huevo, caraotas "refritas", queso de vez en cuando, igual que la mantequilla, y una taza de guarapo, algunas veces con leche. El almuerzo era por lo general un solo plato: caraotas con arroz; o sopa de gallina o pollo o cochino, y muy de vez en cuando hueso de ganado. La cena ni hablar: era igual o parecida. Carne frita, si acaso, la veíamos una vez al mes.

Mamá iba mucho a Caracas y me llevaba con ella, a comprar el lino y las telas para los "Liqui-liqui" y los camisones, que era la moda para esa época: las zapatillas para las damas de la sociedad, alpargatas y chinelas para la gente pobre. Había que caminar hasta Los Dos Caminos para coger el autobús, que cobraba un medio hasta la Esquina del Cují y una locha hasta Petare. Entonces aprovechaba para traer *tunja*, *acemita* y *golfiados*, y esto era un banquete. El pan de Los Dos Caminos era grande, con anís.

Cuando uno salía de Petare hacia Caracas iba pasando por lugares que tenían nombres distintos a los que hay hoy en día, pues aun cuando algunos quedan todavía los otros los eliminaron. Por ejemplo, el autobús tenía paradas en *El Cementerio*, *Chupulún*, *HeregHere*, *Juan Díaz*, *Los Ruices*, *Agua de Maíz*, *Capuriche*, *Chacao*, *Chacaito*, *Sabana Grande*, *El Palo de la Chicharra*, *Quebrada Honda* y otros que ya no me acuerdo.

MI PRIMER CAMBIO DE VIDA

Pero las cosas fueron cambiando. Estaba yo muy pequeño y oía decir: "Con este General sí vamos a surgir", eso fue por allá como en el 40 ó 41. ¡Pero que va! Lo que pasó fue que empezaron a decir: "De aquí los van a sacar a todos, porque el trapiche no da lo suficiente". Hasta que un día llegaron un poco de mecánicos y empezaron a desarmar todo.

Le dieron trabajo a muy pocos y entre ellos a Calzadilla, el hombre

fuerte de la hacienda. Este señor tenía como dos metros y medio de estatura. El tenía dos hijos en una señora que se llamaba María Pascuala. Esta señora medía la mitad de su esposo. También le dieron trabajo a el señor Ezequiel, que era el Comisario. Este señor era igualito a Hitler en todo, tamaño, pelo y hasta el bigote. Se empezaron a llevar el trapiche, lo cargaron en unos camiones muy grandes; y comenzó la incertidumbre: ¿A dónde vamos? ¿Qué vamos a hacer?

De repente los tablones de caña eran para la siembra de lo que llaman frutos menores: papas, repollos, caraotas, maíz, lechuga, remolacha, pimentón, tomate, vainitas y otros; y nadie se suponía lo que estaba por ocurrir. De todo se daba bien, pero sólo se podía coger lo último; por ejemplo, de las papas, las grandes y sanas eran para el mercado y las pequeñas para la gente que trabajaba; las grandes no se tocaban, porque Dios y el amo se ponían bravos, porque eran ajenas. Hoy en cambio las recoge una máquina, para que nadie las toque.

A mi papá lo pasaron de la casa donde nació a otra que estaba al lado del trapiche, y que para que cuidara la bomba con el tanque, que fue lo único que quedó del trapiche. Cerca estaba un señor que tenía mochas las dos piernas, el señor Cadú, y su esposa Rosa. Este no hacía otra cosa que jugar dominó. Papá quedó como encargado de la vaquera. Allí había como treinta animales; mi papá se levantaba a las tres de la madrugada para ordeñar todas las que estaban de ordeño. Mamá aprendió a ordeñar y yo también aprendí, y entonces nos parábamos todos. Después cargaba la carreta con las cántaras de leche y las llevaba para Los Dos Caminos, a esperar al camioncito que pasaba a las seis de la mañana.

Cuando hacía buen tiempo papá me dejaba que lo acompañara, me acuerdo que él me arropaba con una "capa de cobija", una prenda de vestir que no he vuelto a ver más nunca. De allí iba para atrás de nuevo y mamá lo esperaba con una arepa y un poquito de café. Entonces tenía que

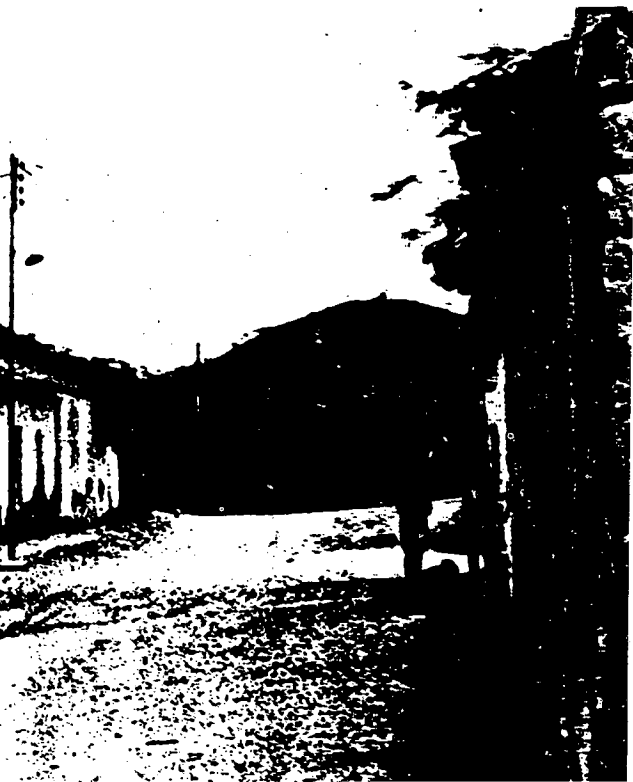


ir a cortar el monte para las vacas. A las doce estaba de regreso en casa, almorzaba, y se iba a limpiar la vaquera y a ponerle el alimento a los animales. Se venía desocupando alrededor de las tres o las cuatro de la tarde, pero aparte de todo esto tenía que estar pendiente de los becerros.

El Capitán

Otro día apareció un señor con uniforme y un carro Ford, y dijo: "Yo soy el Capitán". ¡Este capitán sí que era flojo, todo quería que se lo hicieran! Después, otro día, se apareció un lote de guardias nacionales, que en esa época eran tenidos por hombres muy honorables y todo el mundo los respetaba.

Para esa época yo ya tenía como ocho o diez años de edad, y el Capitán me enseñó a manejar automóviles. Mamá se angustiaba y me decía a cada rato: "deja esos carros". Un día un oficial de la Guardia le dijo al Capitán que lo que estaba haciendo, enseñando a un niño a manejar, no era correcto. El se puso furioso, le dijo de todo, y le prohibió la entrada al Campo. Ahí aprendí a manejar; movía los carros de un lado para otro, y nadie podía decir nada, porque era orden del Capitán. Entonces nos dimos cuenta de quién era allí el jefe.



Quitaron la escuela, porque estaban vendiendo todas las haciendas, pero ahí estaba el rico en la casona: un señor de lentes. Un día cualquiera mi tío el caporal recogió todo lo suyo y se fue para otra hacienda, no recuerdo a donde, y esto sí era raro: todo el mundo comenzó a irse. Un día trajeron un tractor Ford para limpiar el Campo, y entonces papá me dijo: "dime cómo se maneja ese bicho, porque este ganado se lo van a llevar". Yo le medio dije como era, y le dieron el trabajo con la máquina. De repente, y sin aviso, comenzaron a llegar máquinas.

Las Máquinas

Fue mi primer cambio de vida: camiones, tractores, ¡todo era nuevo para mí!. Pero el sistema estaba caminando; ya mi papá no tenía que pegar la mula a la carreta de madrugada para llevar la leche, porque la camioneta la recogía en la vaquera; a la bodega le traían los refrescos —la Cola costaba tres puyas y las grandes medio— también traían una cerveza muy grande, el botellón, y había también la jarra y la media jarra, pero de los precios de la cerveza sí no me recuerdo.

Mamá me logró un cupo en la escuela grande de Martínez Centeno, en Sebucán, porque cerca de allí

tenía yo una tía, Elena. Esta tía y su esposo, Julio Arboleda, tenían cinco hijos, de los cuales dos eran sordomudos. Ahí comencé otra vida. Los primeros días fueron muy difíciles para mí, ya que yo era del campo y ellos no.

Yo no sabía nada de juegos; me decían "palillo", por lo flaco que era, pero era el que tenía más fuerza y el que no me paraba ante nada. Aquí se estudiaba en la mañana; en la tarde cuando salíamos a jugar veía tractores, camiones y gente rara trabajando. Esto hizo que mi mamá montara un restaurante de pobre, para obreros, donde todo el mundo comía. Fue el primero que se montó en esa zona, y lo más caro era cinco bolívares, incluyendo todo; un almuerzo, con sopa, bisté, postre y café, costaba tres bolívares con cincuenta céntimos.

Este fue otro cambio, empezamos a tener dinero. Mi papá ganaba sueldo trabajando con la máquina limpiando el campo, todo el mundo se movía. Hasta que llegó el gran día: ¡Aparció un avión pequeño y aterrizó: aquello fue una polvareda, levantó polvo pero en cantidad, y todos corríamos a ver quién llegó; yo creo que media Caracas vino a conocerlo; a mí, con la emoción, el corazón por poco y se me sale del pecho!

EL PROGRESO

Un día se cayó un avión, creo que un DC 3, y quedó en un lado de la pista. Se le había roto una rueda del tren de aterrizaje y quedó con un ala en el aire y la otra en el suelo. El Capitán dio orden a la Guardia de que no dejaran acercarse a nadie. Yo, al igual que otros muchachos, me la pasaba contemplando este avión.

Un día estaban ahí dos guardias y como seis muchachos, y uno de los guardias dijo jugando: "¡dime si a ésto se le va un tiro!", y le dió al gatillo del fusil. La bala le entró por el pecho y le abrió una tronera en la espalda. ¡Yo corrí como nunca más he corrido en mi vida, y estuve mucho tiempo sin dormir!. Entonces le cogí mucho miedo a los Guardias, porque el Capitán me decía que eran muy brutos.

Como era mucho lo que yo tenía que caminar, mamá me compró mi primera bicicleta, y unos pantalones largos con los que yo no podía ni caminar. Para aquel entonces Papá era el que le medía la gasolina a los aviones, con un palito que era como una regla. Los aviones traían la carne de San Fernando de Apure, junto con otros productos; y nosotros contentos: ¡era el progreso!. Desapareció la agricultura, primero el trapiche, luego los agricultores y finalmente la hacienda.

Las Urbanizaciones

Empezaron a construir Altamira y Los Palos Grandes, a mano, con carreta. El transporte de los materiales se hacía en carreta de mula. La arena, el granzón y la tierra las cargaban a pala, y eran arrees de mulas y de machos para acarrearlas. Los tractores eran muy pequeños y de una marcas raras: "Allys Charmel", "International"; al igual que los camiones: "Diamant-T", "Fargo", "Plymouth" y unos "Dodge" que eran excedentes de guerra y tenían el volante a la derecha.

Los "Ford" y los "Chevrolet" cargaban dos metros cúbicos de arena o granzón, las carretas de mula medio metro y las de bueyes un metro. Habían muchas carretas de mulas y yuntas de bueyes. Estos últimos eran lentos, pero muy poderosos.

Frente a los que es hoy la Urbanización La Floresta, había un matapalo inmenso, y por allí de noche nadie se atrevía a pasar; los carreteros, cuando llevaban una mercancía para el Mercado Principal se reunían en Capuriche, donde había un botiquín, para pasar todos juntos. En Semana Santa, iban a las procesiones en grupo y si alguno se quedaba, prefería dormir en la acera que aventurarse a pasar solo. Capuriche desapareció, al igual que fueron desapareciendo muchos otros nombres de lugares cambiándolos por otros.

Los Emigrantes

Ya había comenzado a llegar el lote grande de emigrantes italianos,

portugueses y españoles. De la Carlota nos hicieron salir porque tenían que construir un campo de aterrizaje más grande, que es el actual. Mi papá compró un terreno en Boleíta, construyó una casa y nos fuimos para allá. Yo asistía a una escuela en la misma Boleíta, la Franciscó de Miranda. Estando papá sin trabajo, un señor le enseñó a hacer los ladrillos que él usaba para la construcción. Papá se puso a hacerlos; pero como no estaba acostumbrado a ese trabajo, se le infectó un dedo y yo tuve que dejar la escuela y ponerme a hacer los ladrillos.

Los pagaban a treinta bolívares el millar; yo hacía mil quinientos; con eso comíamos. Ahí duramos como un año, hasta que papá le dijo a mamá: "Nos vamos al campo, yo vendo esto y nos vamos, esto es para locos y sin trabajo menos". Se asoció con otro igual que él, el señor Catalino, y nos fuimos para Caguaita, muy cerca del negocio que había en la orilla de la carretera. Yo estaba otra vez en mi ambiente: aquello era monte y culebra, con la carretera de tierra y escasos carros, y la casa menos que en la Carlota.

Yo seguía inscrito en la escuela de Boleíta, pero cuando había para el pasaje no había para comer. En el río había pesca y eso era nuevo para mí, así que Escuela no, yo lo que quería era pesear.

Aquello pronto se nos puso monótono: lo que cultivábamos no tenía buen precio; al principio teníamos de todo, pero a medida que se nos fueron acabando los realitos de la venta de la casa de Boleíta, todo empezó a cambiar, y papá se lamentaba todos los días de no haberse ido para Maiquetía, adonde le ofrecieron trabajo pero no quiso ir.

Hubo cambios de gobierno y feo fue aquello, a uno le contaban muy poco. Un día se apareció papá y le dijo: "Luisa, están vendiendo unos terrenos en Petare, es fiado para pagar poco a poco". Era por La Luciteña, en donde llaman "Chupulún"; compramos un pedazo y nos metimos con un ranchito de bahareque. Primero hicimos un banqueo a pico y pala, luego fue traer el agua, los

palos y la paja, porque era lo que papá quería, y lo logramos. Fueron días duros, difíciles, sin luz, ni agua, ni calle, ni nada; pero fue otro cambio, otra vida, una nueva etapa.

El Barrio

Cada día aparecía un rancho más, una familia. Pusieron la luz, luego el agua, después las calles, junto con las cloacas. Me pusieron en una escuela de Petare, la Rafael Acevedo, pero ya yo era un zagalotón. En toda la entrada del barrio estaba la bodega de Martín Carrasco, "La Luciteña", de quien pronto me hice amigo. Cuando pasábamos nos daba un pan con jamón serrano, que era el que había antes, y un real para el pasaje. Como yo tenía lo que había aprendido sobre los carros, apenas les demostré que yo sabía manejar cualquier vehículo y que conocía ciertas fallas, no se me hizo difícil codearme con los grandes, con los viejos.

Pero la situación en la casa era mala: papá montó un negocio de víveres, pero esta clase de negocios no surgen donde todos teníamos el mismo problema, la falta de dinero. Yo era demasiado grande para seguir estudiando, y tenía un interminable cúmulo de problemas. Teníamos la dictadura, y yo me di cuenta de cual era la situación.

Los Buenos y los Malos

Aquí hice muy buenas y malas amistades. Desde que llegué me hice amigo de Fermín y del "Gordo" Martín, este último pesaba 140 kilos y su hermana igual. Eran cuatro hijos de Martín, todos gordos. Pero en el barrio, que había de todo, se mudó una mujer. Ya para mí era muy madura, "La Charrasqueada", a esta no le importaba dormir con el primero que se le atravesara. Yo nunca le falté el respeto, ni siquiera con la vista, ni pensé nada malo de ella.

Pero cuando ella no tenía dinero se acercaba y me decía: "presta 5 ó 10 bolos"; yo se los daba, y me decía: "algún día de estos te los pago todos juntos". Para mí era un personaje. Era la primera puta que conocía, y

"La Charrasqueada" me fue agarrando cariño y yo igual. Yo no me metía con su vida, ni ella con la mía.

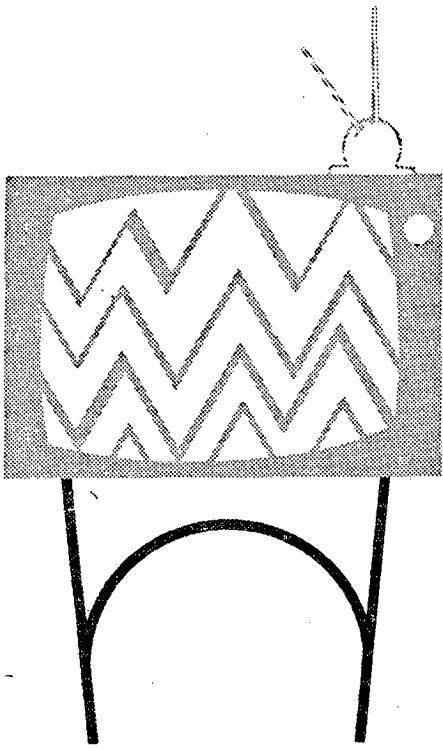
Yo arreglaba carros en la calle, de todas las marcas, y ella se ponía a hablar conmigo; me daba muchos consejos; yo la oía con mucha atención, porque esa sí tenía una gran experiencia. Un día me vio arreglando un "clutch" de una GMC de la Seguridad Nacional y me dijo: "¡Te jodiste, pero el que te ponga un dedo encima lo coñaseo!"

Yo sólo pensé para mí mismo "¿qué me habrá querido decir Josefina?", y puse pepeada la GMC. Cuando se la entregué al tipo, me dijo riéndose: "Hazme una facturita". Yo se la hice, y vino como a los quince días, arrecho, y me dijo: "¡No te quiero ver más, te vas p'al coño ya!". Como yo sabía lo que me esperaba, porque "La Charrasqueada" me lo contaba todo, me fui callaíto sin decirle nada a nadie, pero a ella sí se lo conté todo y me dijo: "¿No te lo dije? esos carajos dicen que la reparación no sirve, para no pagar, pero seguro que él cobró la factura. Pero no te preocupes, yo lo jodo: el Jefe de él me está buscando, y me va a encontrar".

Efectivamente, a los días se supo que habían visto a "La Charrasqueada" con el Jefe de la S.N. en Los Palos Grandes. Yo tranquilo. Todos los días ella se dejaba ver conmigo; me contaba muchas, pero muchas cosas, que a través del tiempo me he dado cuenta que son muy ciertas. Una cosa que ella siempre decía era: "Yo no soy puta, putas son las grandes señoras"; y otra: "A nosotras las mujeres nos odian las señoritas viejas y los maricos"; otra: "el que vive con viejos maniáticos y fastidiosos es..."; para cada ocasión tenía un dicho, un cuento y un consejo. Un día me dijo: "¡Lo jodí!" - "¿A quién?" - "Al carajo de la S.N. Le dije al Jefe que él me violó a punta de pistola. Lo botó y lo metió preso."

La T.V.

Estaba llegando a Venezuela la televisión, y un vecino me preguntó si yo quería montar antenas con él,



que pagaban cien bolívares semanales por ese trabajo. No lo pensé dos veces y me fui con él, pero fracasé; yo para la altura no valgo nada, y para montarse en techos y azoteas yo no había aprendido tanto que me pagaran. Eso era en el “Almacén Americano” y el señor jefe me dijo: “Haz un esfuerzo, tú lo haces todo bien y eres ingenioso” —pero yo le respondí: “no es que no quiero, es que no puedo” — y quedé sin trabajo otra vez.

De ahí me fui a trabajar como ayudante de mecánica en un taller, por la Vega, pero el señor me pagaba diez bolívares y el almuerzo; yo tenía que pagar el desayuno y la cena, y era que pegaba todos los días por la tarde. No pude, era mucho trabajo y poco sueldo.

Papá había logrado un trabajo de jardinero en un vivero; ganaba poco, pero éramos pocos en casa. Un buen día hice un cuadro del cinco y seis y me gané seis mil ochocientos bolívares. Seis mil le di a papá para que hiciera un muro que hacía falta, y con los ochocientos restantes me compré mucha ropa y saqué el permiso para manejar.

De caletero

¡Este fue como el pasaporte! Lo primero que encontré fue un ca-

mioncito para traer cemento de La Vega y después repartirlo por todo Petare, por quince bolívares diarios. Siempre que me encontraba con Josefina me decía: “Tú si que eres fuerte para los trabajos. Eso que tú haces no lo hace nadie, por eso hoy no dura nadie”. Yo ya era muy fuerte: me montaba al hombro hasta tres sacos de cemento. Un día me los monté y eché a caminar, y cuando fui a subir la escalera, no pude.

Un día me dijo un amigo: “Deja eso y venté”. Me fui con él para la Guayra y cuando llego allá me dicen: “lo que hay para cargar es fruta: manzana, uva y pera”, y me puse desde las ocho como hasta las tres. Ya yo estaba muerto de hambre y cansado, pero me había ganado sesenta y cinco bolívares. Y llegó mi amigo y me dijo: “Dale a esa gandola para la General Motors en Antímano” —“¿Pero que tengo que hacer?” — “Echale pichón; pon *full* en la bomba de Plan de Manzano y firma” —“Oye, pero yo tengo hambre” — “En la esquina de la bomba hay un negocio”. Y arranqué; era la primera vez que manejaba una gandola, y así lo hice por la carretera vieja, porque la Autopista estaba aún en construcción. Cuando llegué, un señor me dijo: “Meta eso aquí y descarga mañana, porque ya es demasiado tarde”. No dije nada y me fui.

Gandolero

Al día siguiente yo estaba ahí a las seis de la mañana, y un policía me dijo: “Usted espera hasta las ocho”; a esa hora entré, temblando de emoción, la prendí y un señor me ayudó y me hizo ciertas preguntas: “¿Quién le dio a usted esa gandola? Usted nunca ha manejado gandola” “No, nunca, pero la traje de la Guayra” —“Está bien, descargue, y ¿para donde vas luego?” — “A la Guayra, a ver si cargo otra vez” —“Yo creo que sí” — y se encogió de hombros.

A los tres meses ya yo era igual que los demás. En la carretera había unos cuantos burdelitos, que yo entré en ellos nada más que para curiosear ya que los otros me decían: “Ni se te ocurra meterte con una de esas

mujeres, todas ellas destilan pus por todas partes”.

Conocí a una serie de personajes con sobrenombres como “Veneno”, “Saldehiguera”, “El Loco”, “Ponchera de Mierda”. Este último se hizo amigo mío y era al que le hedían los pies; el cargaba una ponchera, era Isleño y los conocía a todos; me decía: “Cuídate de aquel, es malo; aquel otro es peor”.

Los dos encargados del transporte eran analfabetas, uno andino, el otro carupanero, pero tenían mucha habilidad para todo; los dos habían sido contrabandistas. No he conocido dos hombres más sagaces y vivos. Uno, el andino, era cuñado del dueño y dicen que se habían conocido en la cárcel. Una vez me dijo el andino: “Póngase de acuerdo con Teófilo para que se gane algo”, era sacarle cuatro cajas de Whisky a un Isleño, de una caja que tenía al costado del camión; éste después estaba contento, porque la Guardia Nacional lo requisó y no se las encontró. ¡Tremenda rasca, él lo supo todo y nos dió las gracias!

Otro día sucedió que había una máquina, era en verdad una nevera, a la que uno le metía una moneda de 0.25, un mediccito, abría la puerta y ahí estaban los frescos: Coca-Cola de las pequeñas. Viene el amigo y me dice: “saque una”, yo la saqué y me tomé la mitad, luego oriné adentro hasta completarla, la volví a tapar, y nos pusimos a una cierta distancia a esperar a ver si caía un vivo. Fue un señor martiniqueño, abrió, vio para todos lados y se empinó la botella... ¡La batió en mil pedazos, lloró, brincó, hablaba en todos los idiomas!

Se aparece otro día un señor español, fuerte, que vivía diciendo: “Yo no soy como vosotros; yo vengo de la madre patria, no soy igual a ninguno de ustedes”. Y era cierto: el tipo ni saludaba. En ese entonces a los “tiros” había que montarles guardia, porque nadie sabía cuándo empezaban a descargar los barcos. “Tiro” es lo que se dice cuando se va a descargar un carguero.

Un día este señor español se quedó dormido debajo del puente, y le

llenaron el asiento, el volante, todo, de mierda. Como a las diez dijo el campanero "tiro", y todo el mundo corre, menos los que cargábamos gandolas porque éstas eran las últimas—esto era así para que los camiones más rápidos pudieran hacer dos y tres viajes. ¡A ese señor casi le dió un infarto! pero nadie dijo quién fue.

Al día siguiente se me acercó y me dijo, en son de amigo: "Oye, Chaval, ¿Tú sabes quién fue el que me hizo la maldad ayer?". Le dije: "Yo no sé, y si supiera tampoco se lo digo" - "Oye chaval, ¿cómo es que tú tan joven estás con esa gandola? — Oye, te voy a hacer otra pregunta ¿aquí como que todos le tienen rabia a los españoles?" — "Sí", le contesté - "¿Y por qué?" - "Porque son muy bocones; creen que como son de España todo el mundo es inferior a ellos. Pues mira, aquí pensamos lo contrario; dan lástima; se vienen de su país porque tienen hambre; y todos aquí piensan igual" - "Eso yo no lo sabía, ¿y cómo hago para saber lo que piensan de mí?" - Le dije: "Muy fácil: mañana cobramos; aquí al lado del estacionamiento hay una fuente de soda, ahí se reúnen todos, hasta el que paga". Al pagador le decían "Pipo". "Sí, pero hay una cosa que a mí no me gusta, que son esos remoquetes". Le dije: "Sí, pero estamos en Venezuela y no en Europa".

Al día siguiente se apareció como a las tres de la tarde, y decían los otros "Buey cagado", pero a cada ratico. Cuando el hombre se dió cuenta de que la cosa era con él dice, pero duro "¡Si me siguen jodiendo no los brindo por ayer, que fue el cumpleaños de mi abuelo que me crió!" Un silencio, todo el mundo se calló, como doce o más que estábamos en el negocio, hasta que volvió y dijo "¡Póngale jarras a todos!". Se bautizó "José como se llama". Hasta lo casaron con una negra de la Guayra. ¡Lindo matrimonio, creo que todavía existe, con cuatro hijos!

Si no me muero antes...

Pero llegó un día en que me dije: "Esto no es vida; uno tiene que trabajar durante todos los años, todos los



meses —no podía hacer nada— todos los días, incluyendo sábado y domingo". De noche era mejor, por el fresco; dormía en un chinchorro debajo de la batea, en cualquier sitio. Dos años de lucha muy fuerte, para nada. Una vez estuve fuera de la casa dos meses, sin rumbo; conocí hasta el último rincón de Venezuela, y con mucho dinero en el bolsillo. Cuando estaba en casa mamá y papá me decían: "Mira hijo, eso no es vida. Te vas a poner viejo muy rápido".

Sucedió que un amigo, el que me llevó a la Guayra, de casualidad no se mató. Se le volcó la carga, faltó poco para que lo mandaran preso cuando fue a cobrar lo que se había ganado. Un sábado por la tarde, delante de todos, le dijeron: "¡Tú eres un cínico: ¿pretendes cobrar lo que hiciste?, joder una gandola con toda la carga!" la gandola y la carga estaban amparadas por tres pólizas de seguro. El se quedó mudo, porque tenía diez hijos y su esposa, mi comadre. En cambio a mí, que me debían como siete mil bolívares, me los dieron todós.

Cuando me los dieron me dijo el Administrador: "¿Entonces, te vas el domingo de madrugada para Puerto La Cruz?" - y le dije: "Sí, si no me

muero antes". Cuando yo agarré el puño de billetes le dije: "¡Nos vamos p'al carajo!". Ya venía el hombre triste, porque el sabía lo que le esperaba en casa con los diez muchachos, y me pregunta: "¿Para dónde vamos?" - "Para el botiquín, a tomarnos unas cubas libres y unos pasapalos". Y entonces me dice: "¿Limpio y rascado? ¡No, eso yo no lo hago!". Y me metí la mano al bolsillo, saqué toda la plata, se la puse en la mano y le pregunté: "¿Ves?" - "Claro que sí" - "Ahora, ¿cuál es la mitad?" - "No sé" - "Yo le dije: "Esta, ¡toma, pero no la cuentes porque si no no te brindo!" - "¿Pero por qué hace eso?" Yo le respondí: "Porque yo también me voy: esto no es vida; trabajas como un negro esclavo, comes mal, ganas mucho, ¡y no tienes nada! Mejor es quedarse aquí, yo voy a correr la aventura, me quedo en Caracas" - y nos fuimos para un botiquín.

ENCARGADO

Por esa época comencé a coger contratos para la limpieza de calderas y plomería de vapor. Esos tubos son duros. Instalé una tintorería en Maracaibo y otra en Barquisimeto.. Estos trabajos me daban mucho dinero, pero el ambiente era malo. Un día se aparece de repente un socio para unir las dos tintorerías en San Bernardino, entregando o dejando como depósito la que estaba en la Plaza Venezuela, y me nombraron a mí Encargado de las dos tintorerías.

De pronto yo era el jefe de unas sesenta y cinco personas, conmigo incluido. Todo comenzó a funcionar de maravilla, con máquinas nuevas y todo el equipo restante nuevo. Las viejas las vendieron, poniendo a trabajar las mejores. Fue otra etapa, otra vida, ¡Era increíble!

Me adapté y logré dominar más de una situación, que en ocasiones se me pusieron feas. Pero pusieron de Administrador a un señor español que se trcaleaba él mismo; era echón como todos los españoles, además de puritano y curero. Entre los empleados había una muchacha de la Guayana, muy linda, con un cuerpo

que ni una Miss Mundo le ganaba. Un día viene el Administrador y me dice: "A esa chica hay que botarla". Yo le respondí: "Te la mando" - "Sí, pero le habla usted primero, porque para eso el Encargado es usted". Yo fui donde estaba ella y le dije: "El Administrador te quiere botar, y tú sabes que él es dueño junto con el otro socio. Dime, ¿qué vas a hacer cuando él te diga que te quiere arreglar con el cincuenta por ciento de lo que te toca?" - "No sé" - "Bueno, tú sabes que para ellos no hay ley. Son como tres mil o más lo que te van a quitar" y me dijo ella: "¿Qué hago?" "Yo te voy a decir lo que tienes que hacer, pero no le digas a nadie que yo te di la idea. Mira, cuando él te diga que el 50 %, tú le dices a tu vez: o me das todo mi dinero, o digo que tú me forzaste". Ella me respondió: "¡Yo no duermo con ese hombre así sea el último de la Tierra!" "Sí, pero por cuatro palabras no te va a pasar nada, ni pierdes nada; con palabras y ojos no se hace nada, al contrario, ganas".

La muchacha se fue en seguida donde el Administrador y le dijo "Señor Luis, no se por qué, Peláez me botó" - "Mire, señorita la Empresa está mal, no hay dinero porque se tienen que pagar giros, el personal, las rentas y alquileres. Yo le voy a arreglar con el cuarenta por ciento, ¿que le parece?" - Ella le dijo: "El cien por ciento" - él le contestó: "¡Haga entonces lo que le dé la gana; ni un centavo más le pago, y esto se lo voy a pasar al Abogado!" - que era otro español.

Entonces ella le contestó: "Si no me das mi plata completa y con testigos, ¡voy y te denuncio y digo que tú me forzaste en el cuarto!" El le dijo "Espera un momento", y vino corriendo adonde estaba yo, casi llorando, y me contó todo. Yo le dije: "Usted es el culpable de lo que está pasando, usted es el culpable; ande y págueme antes de que ésta arme el escándalo" - "Sí pero hable usted con ella, está en la oficina" - Sí, pero los dos juntos. Vamos".

Apenas llegamos la muchacha se paró, formó tremendo escándalo y pidió otros testigos que no fuera yo. Corrí y traje dos obreros; el Admi-



nistrador se puso a sacar la cuenta temblando, pero hasta de las horas que había trabajado ese día; le pagó de inmediato y le dijo: "Ahora, ¡fuera, para la calle!" - "Mire, tome las llaves de mi locker y vaya y tráigame mi ropa" - Se la traje, me dió las gracias y me dijo: "en la casa te espero". A estos, para poderles ganar una tenía que ser así.

Diciembre del 57

Comenzaron a correr bolas, panfletos, papelitos, y todo contra el gobierno del General Pérez. "Toques" raros: si alguien tenía que trabajar extra, porque era diciembre, tenía que dormir aquí en la empresa. Los choferes y ayudantes andaban chorreados; todo el mundo igual. Los policías y soldados en la calle; la Seguridad Nacional andaba a full chola; en la Universidad Central de Venezuela todos los días había tiros.

Un día tuve que ir para la sucursal de la Plaza Venezuela con uno de los dueños. Cuando ya íbamos a salir nos acercamos a donde un amigo que vivía en un apartamento ahí cerca, frente al Palo de la Chicharra, y en eso sitiaron todo aquello. Plomo, pero fuerte. El amigo, un capitán

jubilado de apellido Mata, dijo: "Compren toda la comida que puedan, o vamos a pasar hambre, porque lo que es de aquí no van a dejar salir a nadie". Al lado había un abastico y allí compramos seis cajas de media jarras de cerveza, todas las que tenían, diez botellas de ron, y algo más; teníamos comida como para quince días. Ahí nos tuvieron encerrados cuatro días con sus noches, y cuando logramos salir estaban transmitiendo un comunicado oficial por la radio: "Todo está en calma; las Fuerzas Armadas responden por la soberanía nacional". Yo me fui calladito y rápido para la casa y encontré a mamá asustada, llorando, porque creía que me habían matado.

El señor patrón de la tintorería decía que el pueblo no sabía lo que hacía, que este era una maravilla de gobierno, por lo que se le disgustó la gente. A cada rato decían algo nuevo por la radio, y hablaban de "los esbirros". Estando en mi casa me encontré con Josefina y ella me dijo: "Se jodieron todos esos pendejos, pero lo malo es que los pobres le echamos pichón, y los ricos, pase lo que pase, siempre salen ganando. Pon cuidado: cuando todo esto termine los pendejos quedan presos, y los ricos mejor; y si cae el gobierno, igual; lo único es que los mismos oficiales ponen otros ministros; y los ricos agarrando mango bajito, como siempre."

Todo el mundo hace comentarios, el Barrio completo lo allanaron y el que comandaba las operaciones era el hijo del antiguo dueño de la hacienda. Me acuerdo que traía una ZK y dos pistolas, y él gritaba: "¡Métale un tiro al que se mueva!". Esto fue como un saqueo: hubo abusos, falta de respeto; estuvieron como cuatro horas, en la madrugada; todo el mundo callado. En casa yo tenía una 22 y como mil tiros, yo no se cuantas caserinas, y si la encuentran estamos fritos; ni papá ni mamá sabían nada. Por suerte, no la encontraron.

Tuve que seguir trabajando con miles de precauciones, temprano para la casa o para donde un amigo, porque había toque de queda; todo el mundo tenía miedo pánico, diría yo.